



Comisariado General
de Guerra

GRUPOS
TEATRALES

SUBCOMISARIADO
DE PROPAGANDA

ROMANCES DE LA GUERRA CIVIL

LA IGLESIA FASCISTA

Tus golondrinas, oh torre,
tus palomas y vencejos,
ahora son feroces buitres,
cuando no cobardes cuervos ;
nidos de ametralladoras
en sus ángulos y huecos
lluvias mortales derraman
sobre las casas del pueblo.
Son el cura y los caciques
los cabecillas guerreros,
los que desde la alta torre
asesinan al obrero.
Nadie pasa por las calles
donde se derrama el fuego
inagotable, pues toda
la iglesia es un artillero
almacén de municiones
para ignominia del clero.
La iglesia, desde su torre,
se hace fuerte contra el cerco
que las valientes Milicias

mantienen sin retroceso.
La plaza grande, vacía.
Las calles son un desierto ;
tan sólo en los olivares
hay un humano hervidero
con llamaradas de puños
levantados contra el cielo.
De estos grupos se destacan
ocho valientes mineros
que van a ofrendar sus vidas,
que van a morir venciendo.
Cargados con dinamita,
en un camión descubierto,
avanzan hacia la muerte
por las calles en silencio.
Del color de los sudarios
son las fachadas y el suelo,
blancuras y palideces
en edificios y cuerpos ;
inmaculado heroísmo
el de los dinamiteros.

En el trágico camino
uno a uno van cayendo,
uno a uno van alzándose
con nombre imperecedero.
Tan sólo quedan con vida
tres hombres en el momento
en que el camión se aproxima
a la torre con denuedo.
Tres hombres que ven las calles
blancas por donde vinieron
señaladas con la sangre
de sus bravos compañeros ;
tres hombres que ven las calles
blancas por donde vinieron
asoladas por la lluvia
de mortal granizo negro ;
tres hombres que ven las calles
blancas por donde vinieron
como camino imposible
de un imposible regreso.
Están al pie de la torre ;
cavando están en el suelo,

taladrando las paredes,
el propio sepulcro abriendo ;
y cuando en los olivares
resonó el horrible estruendo,
la torre se derrumbó,
se convirtió en mausoleo,
en túmulo de heroísmo,
en glorioso monumento.
Sus piedras desordenadas,
con tres corazones dentro,
más dicen con su ruina
que el alcázar más soberbio.
Si se derrumbó la torre
se afirmaron sus cimientos,
y ahora, amasados con sangre,
son el sostén y el aliento
de todo un pueblo que imita
tan valerosos ejemplos.
Así se rindió la torre.
¡ Vivan las armas del pueblo !

MANUEL ALTOLAGUIRRE

Precio: 10 céntimos a beneficio de la formación
cultural del ejército del pueblo
